



VERA,

TESORO

GUADALUPANO

Z1429

.G9

V4

v.1

c.1

008290



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

36

TESORO GUADALUPANO.



FONDO EMETERIO  
MAT. VERDE Y TELLES

TESORO GUADALUPANO.

NOTICIA DE LOS LIBROS, DOCUMENTOS, INSCRIPCIONES  
&C. QUE TRATAN, MENCIONAN Ó ALUDEN  
Á LA APARICION Y DEVOCION DE

**NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.**

---

SU AUTOR

**EL DR. FORTINO HIPOLITO VERA,**

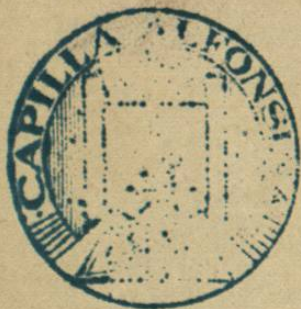
CURA VICARIO FORANEO DE AMECAMECA.

PRIMER SIGLO.

**AMECAMECA: 1887.**

Imprenta del "Colegio Católico."

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

21429  
.99  
v4  
v.1

A

SU EXCELENCIA

EL ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR

DOCTOR DON

**Pelagio Antonio de Tabastida y Dávalos,**

PRIMADO DE LA IGLESIA MEXICANA,

EN SU

**JUBILEO SACERDOTAL.**

EL ULTIMO DE SUS SUBDITOS

Fortino Hipólito Vera.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

62130



AMECAMECA, DICIEMBRE 1º DE 1889.

002800

Querétaro, Octubre 20 de 1887.

Sr. Cura Br. D. Fortino H. Vera.

Amecameca.

Amigo muy estimado:

Recibí el ejemplar de la obra que V. ha formado é impreso titulada "Tesoro guadalupano" "Primer siglo." Me he impuesto detenidamente de todos los documentos que V. ha encontrado, relativos á la causa guadalupana en el primer siglo, esto es, hasta 1631; y he quedado admirado de la laboriosidad y empeño con que V. ha encontrado ciento treinta referencias sobre dicho asunto, y algunas de ellas interesantísimas y decisivas pruebas del Milagro guadalupano, en una época que se creía muda y silenciosa por completo. ¡Bendito sea Dios N. Señor por este feliz éxito de los trabajos de V.! Yo lo felicito muy cordialmente y ruego á la Sma. Virgen premie, con su maternal proteccion, el mérito que V. tiene con esta obra tan laboriosa é importante.

Que V. se conserve con buena salud desea su afmo, amigo que lo ama y bendice.

✠ RAFAEL, OBISPO DE QUERÉTARO.

...de la historia de México...  
...de la historia de México...  
...de la historia de México...

PROLOGO.

I

El suceso más importante y trascendental de nuestra historia es la maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe: es el suceso por excelencia, la clave de todos los acontecimientos que la precedieron, acompañaron y la han seguido: con ella y por ella todos se explican y comprenden, y sin ella, las páginas de nuestra historia quedan mudas, y nuestros anales se convierten en confusos é indescifrables gerglíficos. La luz de sus irradiaciones es la única que puede alumbrar nuestro pasado y nuestro porvenir: sin ella se torna en densas sombras todo lo que fué, y en sombras más negras aún, todo lo que será!

La historia de México es tan singular y anómala, como su misma existencia. La historia, que según el profundo concepto y bella frase de Cicerón, es el espejo fiel que al reflejar el pasado ilumina el porvenir, en México, nada refleja con precisión, ni alumbrá nada con claridad. Es nuestra patria historia, un espejo azteca de obsidiana pulida, que tiene la extraña cualidad de convertir los rayos de luz que la hieren en ondas ennegrecidas y confusas, y devolver en sombras las imágenes. Por grandes que sean la avidéz y tesón con que se revuelvan las páginas de nuestra historia apenas cuatro ó cinco se encontrarán escritas: el gentilismo indiano y la conquista, la independencia con los dos sangrientos episodios del alvoro atentado de la guerra de los anglo-americanos, y la frívola y cobarde intervención europea, son las únicas páginas de nuestros anales que sean de leerse; las otras pueden arrancarse del libro de nuestra historia por inútiles, pues ni instruyen ni deleitan, nada aconsejan ni enseñan.

II

De las pocas páginas escritas difícil es penetrar el íntimo sentido. Mas que una narración, encierran una duda ó un problema. Sobre ninguna de ellas han podido pronunciar su

Quetzaltenango, Octubre 20 de 1887  
Sr. Ciro B. D. Ferrón H. Vera

...de la historia de México...  
...de la historia de México...  
...de la historia de México...

HABER OBRAS DE GUSTAVO



última palabra, la ciencia ni la crítica. Toda la época de la gentilidad, se resume en dos interrogaciones que hasta ahora no han tenido respuesta segura. ¿Las razas indígenas de dónde y por dónde, y para qué y cuándo vinieron? Si tienen el mismo origen, como parece revelarlo la identidad de raza y de costumbres, ¿porqué tienen el habla y los sentimientos tan diversos? ¿Qué han sido y qué serán los indios? Es un problema, que atormenta á la mente humana desde hace siglos, el pretender resolverlo. El período de la conquista ha sido también, una tortura para el corazón humano durante muchas generaciones. Fué la conquista, aunque sangrienta, una expansión santa de la ley del amor, fundada en que el bien y la verdad son difusibles por su propia esencia? Fué por el contrario, una iniquidad sin igual en los fastos del mundo, en que llegaron á su epopeya la crueldad y codicia de los hombres? Si la independencia era una conveniencia oportuna y la santidad de un derecho, ¿porqué fué tan laboriosa y tan sangrienta? ¿Porqué nació solo para morir, el segundo Imperio, último esfuerzo del patriotismo más pensador y mejor intencionado

A la luz de solo la razón humana, nuestra historia, toda es un misterio pavoroso y profundo; los abismos del porvenir reflejándose en los abismos del pasado.

## III.

Se necesitaba que una luz del Cielo bajase á iluminar el denso caos de nuestra historia. Para Dios los siglos son instantes, y desde antes y desde lejos fué congregando en el continente americano las razas indígenas, para que á su tiempo y juntas, recibiesen la luz de la verdadera fé. Dios que en su bondad omnipotente hace surgir el bien del mismo mal, permitió los sangrientos medios de la conquista, para que al empuje de ésta entrasen los misioneros y á su dulce voz se acallase el estruendo de los horrores de aquella. En los inexcrutables designios de su justicia, Dios permitió también que la independencia fué como una sangrienta represalia de la conquista, y de un soplo derribó el segundo Imperio en México, para que, al menos, durante los años de la generación impía, ésta, que tan indigna era de serlo, no tuviese ni la esperanza de ser libre.

En el lacrimoso relato de nuestro pasado, no puede arrancar la admiración ni el amor, ese doble y tristicísimo desfile de vireyes automáticos, convertidos en administradores de tierras y minas y en capataces de encomenderos y gambusinos; y de presidentes paráliticos, sin brazos ni cabeza, que en más de medio siglo no han podido llegar á ser ni libertadores ni tiranos por completo, que en la impotencia de sus esfuerzos, no pueden en justicia ser loados ó anatematizados, sino por la nobleza ó la perversidad de sus intenciones. En el doliente drama de nuestra historia no hay más que dos personajes interesantes y amables, el indio con sus inmensos infortunios y

el fraile con la sublimidad de sus heróicas virtudes.

Las razas indígenas y las órdenes religiosas, llenan ellas solas, la escena nacional: pero ambas para ser comprendidas, necesitan ser contempladas á las plantas de la Virgen Santísima de Guadalupe, que en instantes y por millones convirtió á las unas á la fé cristiana, é inspiró á las otras el santo celo evangélico, la ardiente caridad que al poco tiempo las hizo y por amor, las escelsas soberanas del Nuevo Mundo.

## IV.

A la par el criterio y la piedad nacionales, han creído siempre que la maravillosa Aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe, era el núcleo de la historia patria. Bajo el influjo de este sentimiento sin duda, es el suceso que más historiadores haya tenido. Han concurrido á historiarlo, lo mismo que las más altas ilustraciones y elevadas dignidades, la piedad más sencilla y las más humildes letras. La palabra viva de la elocuencia, el ritmo de la poesía, la frase muerta pero petrificada de la historia, y la voz que nunca se extingue de la tradición, se han adunado para gravar el suceso en el bronce sempiterno de la memoria humana. También han cooperado á eternizarlo, las melodías musicales, las páginas graníticas de los monumentos y las imágenes casi vivientes de la pintura. Estaba casi terminado el grandioso edificio donde sería archivada la autenticidad del prodigioso acontecimiento: faltaba solo para concluirlo la inmensa cúpula que debiera coronarlo. El "Tesoro Guadalupeño" es ese remate ciclopeo del secular monumento historial de la Aparición de la Virgen Santísima de Guadalupe, en México.

El "Tesoro Guadalupeño," obra escrita por el Sr. Presb.º D. Fortino Hipólito Vera y á la que servirán de prólogo estas humildes líneas, debiera denominarse más bien los "Tres Siglos Guadalupeños de México," porque es en efecto la narración detallada y exactísima de cuanto ha acaecido con relación á la Aparición y Devoción á la Santísima Virgen de Guadalupe, desde el año de 1531 hasta nuestros días. Es el registro integro de cuanto ha habido en el curso de tres siglos relativo al asunto en que se ocupa: no se erigió templo ni se levantó ermita, no se decoró altar ni pintó imagen, no se entonó cantar ó se predicó sermón, no se verificó procesión ni se realizó milagro, de que en esa obra, llena de erudición asombrosa, no se dé una noticia fiel y exactísima, fundada en las pruebas más sólidas y derivada de las investigaciones más prolijas. Esa obra es como la historia de la historia misma, de la aparición, milagros y devoción á la Virgen Santísima del Tepeyac.

Después de escrita la monumental obra del sábio sacerdote Sr. Vera, toda otra del mismo género, seria no solo inútil sino imposible: agotó en ella la materia, abarcando todas las efemérides guadalupanas. Deberá ser continuada, pero no podrá ser

## IV

mejorada ya, esa obra, por su propia naturaleza tan íntegra y tan plena.

## V.

Al ser personalmente examinado por el Illmo. Sr. Arzobispo de México, el libro del Sr. Vera, para que previa su respetable aprobación fuese impreso y publicado, asombrado de tanta erudición, decía nuestro amadísimo Prelado, con esa bondad tan paternal que le es propia: "el Sr. Cura Vera es una especie de Sr. Morelos de las letras, que está al mismo tiempo en muchas partes. Enarra los sucesos con una exactitud de contemporáneo, que tal parece que ha vivido en los tres siglos á que su libro se refiere." La cariñosa frase del venerable Pastor de la Iglesia Mexicana, es la más cumplida aprobación y el mejor elogio, de la obra del virtuoso Vicario Foráneo de Amecameca.

El "Tesoro Guadalupano" es un tesoro en efecto, de piedad y de erudición. Supone una suma tal de trabajo, de constancia y de ciencia, que apenas es creíble que sea la obra de un solo hombre y de unos cuantos meses. La realización, bajo esas condiciones, de obra semejante, solo puede uno explicársela, conociendo á su sábio autor y la purísima atmósfera de piedad y de quietud, de humildad y de ciencia en que vive.

## VI.

El Sr. Bachiller D. Fortino Hipólito Vera, es Cura Vicario Foráneo de Amecameca en el Arzobispado de México. Como es un verdadero sábio, es profundamente humilde, y como su humildad es sincera, ni es ni quiere ser conocido en el mundo de las letras, donde apenas puede percibirse la voz de la ciencia, casi siempre sufocada por los incesantes ruidos de la vanagloria. Acaba de merecer de parte de una de las más sábias publicaciones de Viena, los elogios más sinceros, una obra del Sr. Vera que escribió hace más de tres años, y que apesar de su relevante mérito, apenas si es conocida en el país. Solo relativos á la Santísima Virgen de Guadalupe, el Sr. Cura Vera ha escrito cuatro obras, de las que el Tesoro Guadalupano, es la última. Esta será la más clásica, pero no será la más popular ni la más querida, pues siempre tendrá el primer lugar en el corazón de los mexicanos la intitulada "Milagros obrados por Intercesión de la Santísima Virgen de Guadalupe," que no será el brillante más valioso pero sí la más bella margarita, entre los libros guadalupanos salidos de la pluma del Sr. Cura de Ameca.

El Sr. Vera es uno de nuestros más fecundos escritores eclesiásticos. "La Geografía y Estadística del Arzobispado de México," el "Catecismo Histórico de la Iglesia Mexicana," la "Historia del Tercer Concilio Mexicano," la "Legislación Eclesiástica Mexicana," son entre otras obras suyas, tan estimables

## V

por la piedad, como por la sólida ciencia que revelan. La profundidad, la precisión y la sencillez, son las cualidades dominantes de su estilo.

Por el fondo y por la forma, el Sr. Vera es sin duda uno de los más distinguidos escritores mexicanos. El carácter literario del Sr. Vera pudiera espresarse con exactitud y justicia en una sola frase. Como escritor, el Sr. Cura de Ameca, no tiene idea ociosa ni palabra inútil: es siempre discretamente rígido como la ortodoxia y dulcemente sério como la verdad.

## VII

Y aun pueden esperar la Iglesia Mexicana y las letras nacionales, ópimos frutos de su piedad y su talento, pues el Sr. Vera está apenas en la plenitud de la vida y en la maduración de sus facultades intelectuales. Apenas pasa de cincuenta años y recibió de la naturaleza una constitución robusta y sana. Aunque se le mira algo marchitado por las austeridades, las fatigas de su ministerio y las vigiliass del estudio, en la vivacidad de su mirada y la firmeza de su marcha, se adivinan esas corrientes interiores de vitalidad enérgica que las buenas costumbres conservan, y avivan los aromas de incorruptibilidad de la virtud que es como un bálsamo misterioso de longevidad.

Hijo de padres más ricos en virtudes que en fugaces bienes de fortuna, el Sr. Vera nació en un pueblo pobre, y respiró en su infancia las auras saludables del campo y de los santos ejemplos de una familia humilde y piadosa. Comenzó á estudiar desde temprana edad y pronto siente una vocación manifiesta para el estado sacerdotal. En el antiguo colegio de San Juan de Letrán cursó filosofía, con singular aprovechamiento. Cursó también derecho civil y canónico.

Cuando concluidos sus estudios teológico-morales en el Seminario Conciliar de México el Sr. Vera fué ordenado de presbitero, primero en calidad de vicario y después de cura de almas, se le destinó al servicio de varias parroquias foráneas del Arzobispado de México. En todas se distinguió por su celo y su modestia, y fué entrañablemente querido, como lo es ahora en Ameca, cuya Vicaria Foránea sirve hace diez y nueve años.

Dichosos, decía Fenelón, los pueblos que carecen de una historia interesante. Feliz el Sr. Vera en cuya biografía no se narrarán las tristes peripecias del error y las pasiones: su vida toda se ha deslizado pura y mansa, como un arroyo de virtud.

## VIII.

Al confiarle la cura de almas en Ameca, la Providencia ha recompensado el celo evangélico del Sr. Vera, dándole por residencia uno de los más bellos sitios de la tierra. Situada Ameca, casi al pié de las arboladas faldas de los gigantes

volcanes del hermosísimo valle de México en cuyos lagos se retrata, el panorama que en torno de Ameca se destiende, es de una belleza indescriptible y verdaderamente arrobadora. Cuando el cielo está despejado, en su azul purísimo destellan como planta bruñida las nieves de los volcanes; y cuando se cubre de nubes, se miran retorcerse las tempestades en las profundas hondanadas de las altísimas montañas. Al caer la tarde, las auras de sus tupidos bosques, parecen bocanadas de salud y de frescura, que por los poros del cuerpo penetran hasta el alma misma.

La casa cural en Ameca, es un antiguo y medio derruido Convento de Dominicos, cuyas galerías han perdido el aplomo, y los peldaños de cuya escalera, están gastados por la tenaz pisada de muchas generaciones. Es una vetusta é informe masa de edificaciones, que el Sr. Vera en su caridad é ilustración, ha llenado de escuelas, colegio, hospedería, observatorio, imprenta y talleres, sin reservarse para sí, mas que una pequeña alcoba y un reducido estudio. El Sr. Vera es un verdadero padre del pueblo y aquella es la casa de todos sus hijos. Se miran entrar allí muchedumbres de indios que llegan llorando, que después de hablar con el Sr. Vera que entiende su lengua, salen con los ojos enjutos. Gentes de todos sexos y edades se miran allí, y de las razas y condiciones más diversas, que al Sr. Cura acuden para que disipe sus dudas, les aconseje en sus negocios, los alivie en sus penas, y los socorra en sus necesidades. Las puertas de aquella santa casa, parecen los trazos de la caridad, abiertos siempre á todos los dolores, ignorancias y miserias de la tierra.

Allí es donde el sacerdote y el escritor, feliz en la dulce tranquilidad de su conciencia, vive como un santo y como un sabio, dedicando á las letras, las horas que no llenan los penosos y sublimes deberes de su augustó ministerio.

## IX.

Es inexplicable, como el siempre afanado Vicario Foráneo de Ameca, puede escribir libros que por la gravedad del asunto y la trascendencia de la doctrina, exigen antes que todo, meditación y reposo. Constantemente se puede observar sobre su mesa de trabajo una página sin concluir, un párrafo interrumpido por una visita inesperada ó por un quehacer repentino. No tiene una hora sin faena, y sin embargo, su fecundidad literaria no descansa ni se agota. Ha encontrado el secreto de multiplicar el tiempo no perdiéndolo, y de conservar en medio de la agitación la tranquilidad con no disipar su espíritu. Siendo en caridad y por caridad, obrar, rogar y pensar, todo es lo mismo, todo es oración, decía S. Agustín.

Es de creerse, que sus propios aunque escondidos méritos, eleven tarde ó temprano al Sr. Vera, á más altos grados de la gerarquía eclesiástica. Motivo sería éste, á la vez de tris-

teza y de júbilo: de plácemes estarían los fieles y de pésame las letras. El Sr. Pio IX creía que el Abate Gaume era la cabeza más pensadora de la Francia, y por eso mismo nunca la quiso para mitrarla, sino solo para que pensara. En nuestra historia eclesiástica es todavía una duda, si el primer escritor de América, al Illmo. D. Clemente de Jesus Munguía, mejor le hubiera estado quedarse de simple presbítero como el insigne Balmes.

Si el Sr. Vera por cualquier motivo tuviera que ausentarse de Ameca, difícilmente se consolaría de esa ausencia, una amistad tan leal como profunda, que siempre ha encontrado allí, una alcoba en la hospedería, un asiento en la mesa, un consejo en la duda, un aliento en el desmayo y un rincón de sincero afecto en aquel tan noble como sencillo corazón. . . . . No se comprende como un Cura Católico puede ser odiado y perseguido. No serían otra cosa los ángeles si se humanaran. Siempre fué conmovedor y sublime, el edificante espectáculo de un varón virtuoso y sabio, guardador de la verdad sobre la tierra!

México, Noviembre 25 de 1889.

José de Jesus Cuevas.